



AL PAIRO

FERNANDO
CONDE

BOLONIA ES UN PUERTO LEJANO... TODAVÍA

Los másters suelen ser meros refritos del grado, perpetrados por los mismos cocineros y apenas aliñados con alguna salsa novedosa

DE aquí, a casi dos mil kilómetros; pero de la realidad, a años luz... o casi. Lo primero, es la distancia que nos separa geográficamente de la capital de la Emilia-Romaña; lo segundo, es lo que aleja a la universidad española de esa metáfora de futuro que hace 12 años firmaran 30 países y que conocemos como la Declaración de Bolonia. Lo de crear un Espacio Europeo de Educación Superior que permitiera unificar criterios, converger hacia un modelo educativo europeo común y permitir que los alumnos del viejo continente pudieran formarse en la universidad que eligieran en función, claro, de lo que su peculio familiar permita —poderoso caballero—, todavía está muy verde.

Sin embargo, una de las certezas constatadas en este proceso es que la universidad ha sabido siempre instruir intelectos, pero se ha olvidado de formar profesionales. Y de ahí debió de surgir todo este maremágnum de másters y postgrados que hoy cualquier universidad se apresta a ofertar entre sus estudios como la panacea urgente para el estudiante que termina su grado; es decir, lo que para los de mi generación fue siempre «la carrera». Todos estos cursos pretenden convertirse en una suerte de puentes entre el calor amoroso del aula y la frialdad cortante de la vida real.

Desde hace algún tiempo se ha puesto de moda una locución animosa y esdrújula. Se habla de la «transferencia del conocimiento» como el gran hallazgo, la piedra de toque que permitirá a los alumnos recién graduados llevarse a esas musas que les han acompañado durante un lustro al teatro. El rector de la Universidad de Salamanca hace unos días hablaba del incremento de alumnos que ha experimentado este tipo de cursos en estos últimos años. Es lógico; entre apuntarse al paro con veintitrés añazos, quedarse los lunes al sol o seguir deshojando los manuales, ya en el aula, ya en la cafetería de la facultad, ¿usted qué haría? Pues, sin duda, más madera. Total, si se quema el tren, que por lo menos sea a lo grande.

Lo cierto —escribo por experiencia— es que los másters universitario suelen ser meros refritos del grado, perpetrados por los mismos cocineros y apenas aliñados con alguna salsa novedosa o con algún perejil verde. De este modo, las masterizadas aulas universitarias siguen estando muy lejos de la calle. Como siempre. Bien está que quienes no saben qué hacer a término cursen un máster, pero como dejó escrito el gran Séneca, ningún viento es favorable para quien no sabe a qué puerto se dirige.